

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

de Irene Paniagua (2º Bach. B)

“Deprisa, deprisa, deprisa, que el tren no tarde, no tengo tiempo, no tengo tiempo”

El AVE atravesaba el campo a gran velocidad, pero para el hombre trajeado de mediana edad que viajaba en primera clase, no era suficiente. Llevaba con él su maletín, sobre el asiento, y una carta manoseada, húmeda del sudor de sus manos. “Por qué tenía que escribir una carta ¿no tiene gente cuidándola? Que me hubieran mandado un correo electrónico por favor estamos en el siglo XXI qué les costaba mandarme un correo un mensaje lo que sea no una carta en ese pueblo no saben lo que tarda en llegar una carta ¿o qué?”.

“Pero no es su culpa no es su culpa era su deseo y ellos le hicieron caso ella quería escribirme la carta no le podían decir que no, y ahora se va a morir y no voy a llegar a tiempo no hay tiempo y tengo que llegar a verla se lo debo tengo que despedirme y si no llego no me lo voy a perdonar y no voy a llegar no voy a llegar y no me lo perdonaré porque la he tratado tan mal y no se lo merecía y ahora se va a morir y no le podré compensar y no me lo voy a perdonar”.

El hombre, por enésima vez, abrió el sobre y sacó la carta, escrita a mano, para releer las funestas noticias que transmitía. “Es mi culpa todo mi culpa, mi secretaria me dijo que tenía una carta y yo me reí y no la quise leer y no le dejé explicarme y es de hace un mes y tardó mucho en llegar y tardé mucho en leerla y ahora se va a morir y no voy a llegar a tiempo y el tren es muy lento y se supone que pronto llega a mi destino pero no voy a llegar y se va a morir, y me perdí su cumpleaños le mandé una estúpida tarjeta que ni siquiera firmé y ahora se va a morir y soy un desgraciado y un desagradecido y ya van veinte años que no la veo más de una semana al año y ahora se va a morir y no le podré compensar y se lo debo todo y se va a morir se va a morir SE VA A MORIR Y NO VOY A LLEGAR”.

Una voz anunció la siguiente estación, distrayendo al hombre de sus pensamientos. Era la suya. Le faltó tiempo para recoger sus cosas e ir a la puerta del vagón. Apenas se había detenido el tren ya salía corriendo como alma que lleva al diablo hacia el local de alquiler de coches. Dejó el vehículo a elección del empleado del

mostrador y se dispuso a sacar su tarjeta de crédito, con tan mala suerte que con las prisas se le cayó al suelo. Soltando una maldición, la recogió y terminó por fin de pagar, se subió al coche y salió a la carretera.

“Maldita sea maldita sea he perdido mucho tiempo si lo hubiera sabido si hubiera leído la carta cuando llegó si no hubiera sido tan estúpido si no estuvieran todos los vuelos completos si no hubiera encontrado este billete, qué suerte tuve de encontrar billete en ese tren pero estoy todavía muy lejos y aún me quedan horas en coche y en esta zona hay muchos accidentes y no puedo correr ya me estoy pasando del límite pero no es suficiente no voy a llegar y se va a morir y no me podré despedir y no le podré agradecer y soy un desgraciado, y la última vez que la vi me quiso hacer arroz con leche como el que me hacía de pequeño y yo la traté mal y me enfadé con ella y ella estaba mal de salud y la hice entristecerse y soy tan estúpido, si no hubiera estado obsesionado con el trabajo si no hubiera renegado de ella del pueblo de todo ojalá la hubiera tratado como se merecía pero ahora se va a morir y ya no podré estar con ella no la volveré a abrazar ni volveré a ver su sonrisa y se le acaba el tiempo se me acaba el tiempo igual ya ha muerto y no llego a despedirme, y soy basura y por eso no he estado con ella y no la merezco y quiero estar con ella pasar más tiempo con ella que se detenga el tiempo y yo le hable de mi trabajo y ella me hable del pueblo, soy lo peor de lo peor si le hubiera prestado atención si no hubiera sido tan egoísta todo pasó porque no se quiso venir a la ciudad conmigo, no, no es su culpa es mi culpa me alegré de librarme de ella pensé que si yo me iba a estudiar y ella se quedaba en el pueblo donde quería estar todos contentos pero fui tan estúpido tendría que haberla visitado tanto como pudiera y se lo tengo que decir me tengo que disculpar tengo que pedirle perdón por todo, y esta carretera es interminable y no la recordaba así pensé que era más corta por favor ojalá llegue a tiempo tengo que decirle tantas cosas oh por favor igual ya está muerta pues si está muerta se lo diré igualmente ella decía que los muertos que quedan hasta que entierran sus cuerpos y no sé si es verdad pero seguro que ella lo hace, no me estoy engañando los fantasmas no existen si está muerta está muerta ya se ha ido y yo no puedo hacer nada así que por favor que esté viva necesito que siga viva necesito disculparme me da igual si me perdona o no se lo tengo que decir”.

Sumido como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que por fin había llegado hasta que, siguiendo movimientos automáticos que ni siquiera recordaba tener, se encontró de frente con la fachada de la casa. La mente del hombre se vio invadida por

recuerdos de su infancia, unos felices, otros no tanto, pero ella estaba en todos. Se quedó quieto, dentro del coche. Ahora, curiosamente, después de haber pasado todo el viaje deseando llegar, no quería entrar en esa casa, no quería tener que enfrentarse a la realidad que allí le esperaba. Finalmente fue capaz de reunir el valor que necesitaba para bajarse del coche y llamar a la puerta.

Le abrió una mujer de mediana edad, su enfermera. El hombre la conocía, era del pueblo y era una buena persona. Cuando ella por fin lo reconoció, no pudo evitar hacer un gesto despectivo con su boca. Con un gesto brusco, lo invitó a entrar.

Dentro de la casa había algunas otras personas: varios asistentes sociales, el dueño del tanatorio y el cura del pueblo. Según pasaba por su lado, directo al dormitorio, les oyó comentar a sus espaldas:

- ¿No será...?
- Esperaba ver un cheque con su firma, no a él en persona.

Después de lo que parecía una eternidad, llegaron a la puerta del dormitorio. Antes de entrar, la enfermera le advirtió:

- Está en sus últimos momentos, y está agotada. Apenas puede hablar, así que no la atosigues mucho.

Tras asentir, el hombre entró al dormitorio. Allí, postrada en una gran cama, se encontraba una anciana, de rasgos bondadosos, mirando por una ventana. Al oír el ruido de la puerta, se giró para recibir a su visitante, y no pudo evitar sonreír de oreja a oreja al ver a su visitante. Éste, dubitativo, se arrodilló a su lado y le cogió de la escuálida mano.

- Al fin has venido a verme – dijo, con voz gangosa.
- Sí – contestó el hombre, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos. – Recibí tu carta, pero...
- Ssshh, lo sé, no te preocupes.
- Lo siento, lo siento, lo siento tantísimo, tendría que...
- Tranquilo – lo interrumpió, - no pienses en eso, ahora estás aquí, y me hace muy feliz que pudieras visitarme...

No llegó a terminar la frase. Lentamente, sus ojos se cerraron, sus miembros se relajaron y la anciana se dejó llevar a la otra vida.

Mientras tanto, el hombre empezó a llorar desconsoladamente, sus hombros se estremecían con cada sollozo, entre los cuales, apenas un susurro, dijo:

- Lo siento, Mamá.